Círculo Rojo
EDITORIAL

El Reino de Dreamia

El Rescate Mágico

El Reino de Dreamia

El Rescate Mágico



Carmen Abellán Carrasco

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: septiembre 2026

Depósito legal: SE 3380-2026

ISBN: 979-13-7060-762-3

Impresión y producción: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Carmen Abellán Carrasco
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, ecológico.

Para todos aquellos que alguna vez se atrevieron a soñar despiertos.

Y especialmente, a quienes nunca dejaron de creer que, detrás de lo imposible, podía existir un mundo mágico

Lista de reproducción

Érase una vez- *Gonzalo Pinillos*
Espejito Espejito- *TIMO*
Vive tu historia- *Sara Gomez*
Thriller- *Michael Jackson*
Tattoo- *Loreen*
A Million Dreams- *El Gran Showman*
This is me- *El Gran Showman*
Somos monster high- *Sweet California*
One way or another- *El retorno de las brujas*
Ordinary girl- *Kate Alexa*
Once upon a time- *Dove Cameron*
Chica vampiro- *Greeicy*
Mucho más allá- *David Bisbal*
Insula Misteriosa- *Andra Gogan*
Suéltalo- *Gisela*
Red- *Kylie Cantrall*
De ellos aprendí- *David Rees*
Quien siempre busqué- *Sofia Ellar*
Se llama amistad- *Beatriz Luengo*

¡Hola a todos!

Quiero que vengáis conmigo al reino de **Dreamia**…

Dreamia es un reino mágico y secreto; nadie sabe con certeza dónde se encuentra. Es un lugar oculto al mundo, donde habitan criaturas extraordinarias que iréis conociendo poco a poco: sirenas que cantan al amanecer, vampiros que caminan entre sombras, zombis, brujas… y, por supuesto, la realeza: la familia **Betson**.

Antes de adentrarnos en Dreamia, debéis conocer cómo comenzó esta historia. Todos sabemos que los reinos suelen tener una reina, un rey y sus princesas o príncipes, ¿verdad?

Pues este no.

Dreamia tenía **dos reinas, dos reyes, un príncipe y una princesa.**

La reina **Emma** tuvo dos hijas rubias como ella: **Ivy** y **Adry**. Emma soñaba con que ambas se convirtieran en reinas, para que cada una gobernara su propio palacio. Y así fue. Cuando cumplieron dieciocho años, fueron coronadas y partieron a vivir a sus respectivos hogares: Ivy se estableció en el sureste del reino, mientras que Adry gobernó el noroeste.

Aunque eran hermanas gemelas, no podían ser más distintas. Ivy era responsable, generosa y humilde. Adry, en cambio, era rebelde, impulsiva y algo egoísta. Aun así, se querían profundamente.

El problema surgió cuando todo el reino empezó a adorar a Ivy. La gente acudía constantemente a su palacio, mientras que el de Adry permanecía casi vacío. Los celos comenzaron a crecer en su corazón, hasta que un día decidió teñirse el cabello de castaño para llamar la atención y demostrar lo especial que era.

Cuando el pueblo la vio, quedó asombrado. Parecía otra persona. A todos les encantó su nuevo aspecto, y por primera vez, Adry dejó de sentirse a la sombra de su hermana.

Pero la calma no duró mucho.

Una noche, la reina Emma cayó gravemente enferma y falleció. Ivy y Adry acudieron de inmediato para despedirse de ella. Al verla sin vida, las lágrimas brotaron sin control y cayeron sobre sus cuerpos.

Lo que nadie sabía era que aquellas lágrimas poseían un antiguo poder mágico: si bañaban el cuerpo de una mujer, esta quedaría embarazada.

Así fue como ocurrió lo imposible.

Adry tuvo un hijo llamado **Harry**, e Ivy dio a luz a una niña llamada **Ivet**.

Pero no os preocupéis, ya iréis conociendo a Emma, a ellas y al resto de personajes que las acompañan, poco a poco, a lo largo de la historia.

Solo os advierto de una cosa: en Dreamia, **nada es lo que parece**.

¿Estáis preparados para vivir una aventura inolvidable llena de magia?

Entonces… **vamos allá**.

Carmen Abellán

1. La noticia



La mañana comenzó con un silencio extraño, de esos que anuncian que algo importante está a punto de ocurrir.

Mi hermano y yo nos despertamos con el corazón acelerado. La noche anterior, papá y mamá nos habían dicho que tenían que darnos una noticia… o, mejor dicho, una sorpresa. No sabíamos si sería buena o mala, y esa duda nos revolvía el estómago.

Por cierto, no me he presentado. Me llamo Addison y tengo quince años. Él es Eliot, mi hermano pequeño, de diez. Es un buen chico, aunque a veces resulta un poco pesado porque siempre anda siguiéndome a todas partes. Aun así, nos cuidamos y nos queremos mucho.

De un salto abrimos las ventanas frente a nuestras camas. La luz de la mañana inundó la habitación, reflejándose en el armario junto a mi cama. Afuera, el cielo estaba despejado y una suave brisa movía los árboles del jardín. Todo parecía normal… demasiado normal.

Nos vestimos sin perder tiempo: yo elegí una camiseta naranja de manga corta, unas mallas grises y zapatillas blancas; Eliot se puso una camiseta amarilla y unas botas negras.

El baño nos esperaba al salir de la habitación. Allí, frente al espejo, nos preparamos para lo que fuera que estaba por venir. Me cepillé mi larga melena pelirroja y ondulada antes de recogerla en una coleta. Eliot alisó su pelo rubio con el cepillo. Después, ambos nos lavamos la cara. Los dos somos de piel clara; yo tengo los ojos verdes y él, azules.

—Hermanito, ¿me ayudas a secarme el pelo? —pregunté mientras él terminaba de peinarse.

—¡Addison! Te he dicho mil veces que no me llames hermanito —protestó Eliot, rodando los ojos.

No pude evitar reírme.

—Pero si te queda perfecto.

—Pues a mí no me hace gracia.

Entonces, la voz de papá rompió el momento desde la planta baja.

—¡Chicos! ¿Venís o qué? ¿Queréis oír la noticia?

—¡Ya vamos! —respondí—. Venga, Eliot, que quiero saberlo.

—¡Ya voy!

Bajamos las escaleras casi corriendo. La cocina olía a tostadas recién hechas y cola cao caliente. Aquello normalmente me hacía sentir tranquila, pero esa mañana los nervios eran demasiado fuertes.

Mientras desayunábamos, mis padres se miraron durante unos segundos, como si estuvieran reuniendo valor.

Mi padre, Max, nació en Alemania, aunque por trabajo terminó viviendo en California. Es rubio, de ojos azules, y suele vestir con ropa cómoda y ancha. Mi madre, Susan, nació en Lituania y llegó a California con solo dieciocho años. Siempre va impecable, incluso en casa.

—Dejad que hablemos —dijo mamá con suavidad.

Papá suspiró antes de continuar.

—Vuestra madre y yo llevamos mucho tiempo trabajando demasiado. Y ha llegado un punto en el que no podemos más.

—La gente no nos trata bien —añadió mamá—. Nos pagan poco y actúan como si no importara.

Trabajaban en una pequeña tienda de chucherías. Nunca se quejaban, pero aquella vez era distinto. Sus rostros se veían cansados.

—Por eso hemos tomado una decisión difícil —continuó papá—. Vamos a mudarnos muy lejos.

Eliot dejó lentamente la taza sobre la mesa.

—¿A dónde? —preguntó.

—A Águilas —respondieron los dos al mismo tiempo.

Fruncí el ceño.

—¿Y eso dónde está?

—En el sureste de España —explicó papá—. Cerca del mar.

—Nos iremos en barco la semana que viene —añadió mamá—. Así que tendréis que empezar a preparar las maletas.

El silencio cayó sobre la cocina. No lo esperábamos. No tan pronto.

Miré alrededor: las paredes amarillas, las fotografías familiares, las plantas de mamá junto a la ventana… Todo aquello había sido nuestro hogar durante años.

—¿Qué te parece? —le pregunté a Eliot cuando por fin reaccionamos.

Él se encogió de hombros.

—Me da pena dejar a mis amigos… pero también estoy contento. Nunca he viajado tan lejos.

—Yo tampoco —admití—. Tengo miedo, pero también emoción. Puede ser una gran aventura, hermanito.

Eliot resopló.

—Nunca vas a dejar de llamarme así, ¿verdad?

Sonreí.

—Jamás.

Después del desayuno, ayudamos a recoger la cocina. Mamá parecía distraída y papá no dejaba de mirar unos papeles sobre la encimera. Todo parecía ir demasiado rápido.

Más tarde, Eliot se encerró en su habitación para jugar y distraerse. Yo me quedé sola en el salón. La casa parecía distinta, como si ya estuviera despidiéndose de nosotros.

Caminé lentamente hasta la ventana. Afuera, algunos niños jugaban en bicicleta por la calle. Me pregunté cuánto tardaría en echar de menos aquel lugar.

Respiré hondo y fui a buscar a mi madre.

—Mamá… ¿puedo hablar contigo?

Ella levantó la mirada y sonrió con dulzura, aunque en sus ojos había un cansancio que antes nunca había notado.

—Claro.

Me senté a su lado en el sofá.

—¿De verdad todo va a cambiar tanto?

Mi madre me abrazó con fuerza.

—Sí, Addison —susurró—. Pero a veces los cambios que más miedo dan son los que nos llevan exactamente donde debemos estar.

Me quedé en silencio, apoyando la cabeza en su hombro.

Y, sin saber por qué, sentí que aquel viaje no solo iba a cambiar nuestro hogar…

sino nuestras vidas para siempre.

2. Preparando la maleta



Eliot y yo salimos de la casa y bajamos al almacén. La puerta chirriaba de manera extraña al abrirse, como si llevara años sin usarse. Parecía necesitar un poco de aceite.

Todo estaba oscuro, así que busqué el interruptor junto a la pared.

En cuanto lo toqué, un calambre me recorrió la mano.

—¡Ay! —solté, apartándome de golpe.

Sentí un cosquilleo subiéndome por el brazo y empecé a sacudir la mano rápidamente.

Eliot me miró durante un segundo… y luego comenzó a reírse.

—¡Jajaja! ¡Has temblado muchísimo! Parecías un robot estropeado.

—No tiene gracia, me he hecho daño —protesté, frunciendo el ceño.

—Pues para mí sí la tiene —respondió entre carcajadas.

Le lancé una mirada asesina y él siguió riéndose mientras encendía la luz.

El almacén estaba lleno de cajas viejas, bicicletas, juguetes antiguos y muebles cubiertos con sábanas blancas llenas de polvo. Olía a madera y humedad.

—Da un poco de miedo aquí abajo… —murmuró Eliot.

—Hace dos segundos te estabas riendo de mí.

—Ya, pero ahora parece una película de terror.

Rodé los ojos y seguí caminando.

Con cuidado, subimos unas pequeñas escaleras hasta un viejo armario de madera donde guardamos las maletas. Después de mover algunas cajas, encontramos las nuestras.

La mía era grande y de color fucsia. La de Eliot, bastante más pequeña, era turquesa y tenía pegatinas viejas en un lateral.

—Todavía tienes la pegatina del dinosaurio —me burlé.

—Porque es increíble.

—Claro, claro.

Volvimos a nuestra habitación y dejamos las maletas sobre la cama.

Por un momento nos quedamos en silencio, mirando todo lo que teníamos alrededor: pósters, libros, ropa, peluches y fotografías. Era raro pensar que pronto dejaríamos aquella habitación atrás.

—Bueno… es hora de empezar —dije mientras abría mi maleta.

—¡Sí!

Empezamos a guardar ropa rápidamente.

—Eliot, ¿qué te vas a llevar? —pregunté mientras doblaba unas camisetas.

—Mis camisetas favoritas, pantalones cortos… y algunos juguetes.

—¿Solo algunos?

—Vale… bastantes juguetes.

No pude evitar reírme.

—¿Y tú? —preguntó él.

—Toda mi ropa deportiva, bañadores… porque en Águilas hay muchas playas.

Los ojos de Eliot brillaron emocionados.

—¡Entonces llévate bikinis y ropa para la playa!

—Eso pienso hacer.

—Y no olvides la crema solar —añadió con cara seria—. He oído que en España hace muchísimo calor.

—Sí, señor experto.

Él cruzó los brazos orgulloso.

—Yo me llevaré mi tablet para jugar y ver películas.

—Pues yo mis cascos para escuchar música y el portátil para ver series.

Eliot observó la habitación en silencio durante unos segundos.

—Addison… ¿qué pasará con las demás cosas?

Miré alrededor lentamente.

—Papá dijo que lo que no nos llevemos lo donaremos a gente que lo necesite.

Eliot sonrió un poco.

—Entonces está bien. Así otras personas podrán usarlas.

Asentí.

Mientras seguíamos preparando las maletas, la habitación empezó a llenarse de ropa doblada, cremalleras abriéndose y pequeñas discusiones sobre qué llevarnos y qué no.

Era un pequeño caos.

Pero, en el fondo, también era el comienzo de nuestra aventura.